1

Regreso

1

La sangre manchó los escalones de metal en cuanto su dueño puso el primer pie sobre ellos. El segundo pie no tardó en acompañar al primero, nervioso, con dudas y un miedo que recorría cada una de sus terminaciones nerviosas, golpeadas también por la ausencia de la mano perdida, la causa del desastre que nadie limpiaría.

El hombre tropezó. La dureza del suelo cruzó su mente; se imaginó rompiéndose el cráneo en cientos de pedazos, como si fuese tan frágil como un huevo. Notaba la fiebre acariciándole la nuca mientras intentaba, con todas sus fuerzas, no entrar en shock por la sangre derramada.

—Vamos, hermano. Aguanta un poco —le animó Travis en voz baja. Le agarró con fuerza, evitando que se cayese; si ocurría, estarían perdidos los tres—. ¿Ves algo, Jack?

Travis Clemens siguió pisando los escalones como si alguno le fuese a morder. Un paso en falso, más deprisa de lo necesario, y su hermano se precipitaría al vacío, él tendría que usar las pocas energías que le quedaban para levantarlo y en esos breves instantes probablemente tendrían encima el problema que les perseguía.

—¡Jack! —gritó al no recibir contestación.

Oyó varios rápidos pasos dirigiéndose hacia ellos. Giró la cabeza y allí estaba su compañero, con la cara rodeada por un sudor que apestaba a miedo. En una de sus manos tenía una pistola, pero sin un objetivo claro servía tanto para matar a alguien como un bocadillo.

Y el que le había cortado la mano a su hermano podía estar en cualquier parte.

—No chilles, joder —replicó Jack. Se pasó una de sus temblorosas manos por el escaso pelo castaño que llevaba siempre de punta—. ¿Habéis visto? Ha tirado a Fred por la ventana. ¡Lo ha matado! ¿De dónde ha salido? ¿Cómo sabía que estábamos aquí?

—A mí sólo me importa salir de aquí y averiguar dónde está Charlie. Se supone que él se encargaba de vigilar este sitio —Travis sacudió levemente a su hermano, que estaba en la fina línea entre la consciencia y el colapso—. Ni se te ocurra desmayarte, Henry.

El menor de los Clemens abrió los ojos. Las finas venas que los cruzaban le daban un aspecto terrorífico. Su piel, antaño rosada, se había convertido en una pared blanca que acabaría cayendo si no conseguían parar la hemorragia del muñón en el que se había convertido su mano derecha.

—¿Ves algo, Jack? —preguntó Travis.

—No veo nada, pero está todo demasiado oscuro —Jack Hollister se aproximó a los peldaños sin dejar de observar el camino por el que había llegado, lleno de sombras y tinieblas quietas como estatuas.

Una sonrisa se formó en el congestionado rostro de Travis al tocar el suelo. Estiró la espalda para que su hermano pudiera apoyarse sin caerse. De nuevo lo movió en cuanto notó que la inconsciencia tiraba de él. Sólo podía pensar que pronto estarían en el coche, donde tenían algunas drogas con las que Henry podría aguantar hasta llegar al hospital. Luego, allí, ya vería cómo se las apañaría para que curasen a su hermano y salir del lugar sin ser detenidos.

Si hacía falta, encañonaría cada asqueroso enfermo que se encontrase,

a cada niña rubia con coletas y un cáncer en el estómago, a cada embarazada que intentase dar a luz un nuevo bastardo en el mundo de mierda en el que vivían. Si se veía obligado para salvar a su hermano, sería capaz de comerse a todos los bebés de la zona de lactancia.

—¡Vamos, Jack! —gritó.

—Joder…

Al escuchar aquella respuesta, Travis se volvió. Jack se encontraba dándole la espalda, con los pies ya en los peldaños, dispuesto a bajarlos, pero paralizado por la presencia que había surgido de la oscuridad, y que sujetaba una escopeta entre sus manos.

Para alegría del mayor de los Clemens, Hollister alzó primero su arma, apuntando al agresor, al culpable de que su hermano estuviera cercano a la muerte. El pobre Henry Lee, al que su madre, después de morir golpeada por su padre, le obligó a proteger durante el resto de su vida.

Jack apuntó, apretó el gatillo y no ocurrió nada. Tanto su rostro como el de Travis se congelaron en el tiempo. Ambos tuvieron un pensamiento conjunto: se quedarían así para siempre.

Desgraciadamente, no iba a ser así.

La figura entre las sombras levantó la escopeta. Al apretar el gatillo, un ensordecedor estruendo castigó los oídos de los hermanos Clemens. Los proyectiles dieron por completo en el blanco, que era nada más y nada menos que el pecho de Jack Hollister.

Cayó de rodillas observando, con una mezcla de confusión y horror, el enorme agujero que tenía en el cuerpo y por el que podría pasar fácilmente un balón de fútbol. El terror hizo mella en él cuando pudo divisar trozos de sus órganos internos y las costillas rotas. Al gritar, un torrente de sangre se escapó de su boca, acallándole.

Se precipitó hacia delante. La cabeza golpeó con fuerza uno de los escalones, pero al cadáver en el que se había convertido Jack no le importó lo más mínimo. El asesino se acercó a él, le dio un puntapié y, al comprobar que realmente estaba muerto, centró su atención en

los Clemens.

Travis se puso de nuevo en movimiento, mientras su boca despedía en un murmullo inconexo todos los insultos que conocía para maldecir a su perseguidor. Primero Fred, después Jack… si no se daban prisa, acabaría el trabajo con Henry y luego le tocaría a él.

¿Y el capullo de Charlie? ¿Dónde cojones estaba?

—Hermano… —masculló Henry.

—Ahorra fuerzas, Henry —aconsejó Travis, acelerando el paso; con su hermano era lo único que podía permitirse. Nada de correr, nada de esconderse; sólo podía huir.

—Hermano… —repitió.

No le hizo caso. Siguió caminando, parándose un breve segundo para mirar hacia atrás. Vio al hombre que había terminado con las vidas de dos de sus compañeros bajando lentamente los peldaños de metal. No tenía ninguna prisa, como si lo que fuese a pasar estuviera preparado de antemano, como si no tuviesen salida.

A Travis le recordó la vez en que, siendo pequeño, su padre le llevó a cazar liebres. Se tomaba su tiempo incluso cuando las tenía en la mirilla, esperando a ser voladas en pedazos por su rifle. En esos segundos, Travis percibía en su progenitor algo que no sabía bien describir, pero que comprendía perfectamente; algo que tenía que ver con el placer de tener a la presa sin escapatoria posible, el triunfo del cazador, la degustación de la victoria.

Giraron hacia la izquierda internándose por un pasillo vacío, lleno de suciedad y algunas ratas que corrieron ante su presencia. Luego, torcieron hacia la derecha, mientras eran iluminados por la luna, que los observaba con atención a través de las claraboyas rotas del almacén abandonado en el que se encontraban.

Justo cuando iba a entrar en un largo pasillo que Travis reconoció como el que les llevaría a la zona por la que se encontraba la salida, Henry se tambaleó con más fuerza. Pese a que su hermano intentó agarrarlo de nuevo, fue empujado a un lado.

—Vete… —gimoteó Henry apoyándose en una pared, que no tardó en mancharse de sangre.

—No te puedo dejar aquí. No digas gilipolleces.

—Nos va a atrapar —replicó—. Se me va la cabeza, y tú no puedes correr lo suficientemente rápido conmigo encima. Tienes que dejarme. Yo le distraeré.

—¿Te has vuelto idiota? La salida está muy cerca. Puede que tengamos suerte y encontremos a Charlie…

—Tú eres el idiota, Travis. Sabes que lo que digo es cierto. Nos hemos dejado las armas arriba, no hay noticias de Charlie y… —tuvo que sujetarse a la pared para no caerse. Abrió la boca y vomitó lo poco que le quedaba en el estómago; su rostro estaba pintado por la muerte.— Tienes que irte.

Travis quiso replicarle, pero tenía razón. Oyó un par de leves pasos dirigiéndose hacia donde estaban. Tenía que decidirse o, si no, morirían los dos. ¿Quedarse con su hermano e intentar sobrevivir, o irse y poder revolverse más tarde contra quien les estaba cazando?

—Lo siento —murmuró.

Corrió hacia las tinieblas, moviendo sus piernas con más energía de la que había usado nunca. No deseaba escuchar las últimas palabras de Henry, ni siquiera quería mirarle por segunda vez; si lo hacía, probablemente se quedaría con él, esperando el funesto destino que le aguardaba.

Cuando llevaba varios metros recorridos, los suficientes como para no divisar la figura de su hermano, empezó a escuchar los gritos. Y antes de cada aullido, un fuerte golpe, como si alguien estuviera aporreando un trozo de hierro contra un pedazo de carne, en este caso, un pedazo de carne aún con vida.

No supo cómo pudo aguantar sin volverse y ayudar a Henry. Lo que más trabajo le costó fue no regresar cuando los gritos acabaron. Todas y cada una de las fibras de su ser chillaron al unísono; rugieron con rabia, con ira y con una ilimitada sed de venganza que, probable-

mente, no se vería saciada en breve.

Travis detuvo su carrera en un interminable pasillo que apestaba a moho y excrementos. A los lados, tenebrosas cavidades, que en otro momento habían sido salas donde depositar cajas y embalajes, le observaron con interés de arriba abajo.

Prestó atención a su alrededor. Creía haber oído algo, pero no supo si se trataba de un sonido imaginado, o real; con el miedo fustigando su mente no era fácil de reconocer. A pesar de ello, lo intentó, y allí estaba, el mismo ruido.

Voces, de un par de hombres charlando entre sí.

Ninguna de las dos le pareció la de Charles. Entonces, algo se encendió en su aterrorizada mente: un televisor. El que usaba su compañero durante sus turnos de vigilancia; estaba encendido, lo cual quería decir que se hallaba cerca de obtener algo de ayuda.

—No te habrás quedado dormido, ¿verdad, Charlie? —se preguntó en voz alta mientras volvía a poner las piernas en funcionamiento—. Si descubro que mi hermano ha muerto porque no has sabido hacer tu trabajo, te voy a…

La amenaza permaneció en el aire como un mal olor que no se iría hasta que comprobase qué había ocurrido con su socio. El murmullo del televisor fue aumentando de nivel conforme se iba acercando, sirviéndole de guía por los incontables pasillos y corredores del almacén.

Reconoció la zona a la que llegó. Estaba cerca de la entrada del edificio, por lo que la garita que solía usar el vigilante de seguridad debía hallarse a la vuelta de la esquina. Encontró unas escaleras por las que bajar, desde donde pudo atisbar cierta brillantez que rompía con la monótona negrura del lugar.

—¡Charlie! ¡Charlie! —gritó a la vez que bajaba los escalones tan rápido como podía. Sus zapatos levantaban ingentes cantidades de polvo acumulado durante años, suciedad que ni sus compañeros ni él se habían molestado en repeler.

Nadie le respondió. Supuso que era por el volumen del televisor.

Sabía que era arriesgado gritar y que, probablemente, el sonido del aparato también atraería tarde o temprano a su perseguidor. Pero si Charlie no se había movido de su sitio, serían dos, y armados. En definitiva, habrían ganado.

En cuanto sus ojos localizaron el lugar del que salía la luz, se movió tan rápido como pudo. Desde la puerta abierta sólo podía ver la tele encendida, en el que un grupo de personas discutía sobre temas políticos que le importaban bastante poco.

—¿Charlie?

Un segundo vistazo al interior de la garita le mostró algo que no había captado en una primera pasada. Una figura sentada en un sillón, frente al televisor, pero oculta por unas sombras que sobrevivían como podían al fulgor del aparato.

—¡Charlie! ¡Estoy aquí!

Parecía tener la cabeza inclinada hacia delante. Travis se acercó a él, gruñendo entre dientes por encontrarlo durmiendo. En realidad, se equivocaba.

Cuando alcanzó a su compañero, comprobó que no es que tuviera la cabeza inclinada hacia delante, caída por el sueño que había logrado vencerle. Para su horror, la cabeza ya no estaba. En su lugar, sólo halló trozos de carne destrozada, sangrante y de aspecto abominable.

Sus ojos alcanzaron a ver parte de la columna. Unas incontrolables náuseas se hicieron con su cuerpo, doblándolo, haciendo que sus rodillas tocasen el suelo. A su lado, los contertulios reían tras haber abroncado sonoramente, como si él fuese el objetivo de las carcajadas.

Y entonces descubrió la cabeza de Charles Ray bajo una mesa. Tenía los ojos abiertos, sin vida ya en ellos, y le miraban directamente a él. Una ridícula expresión se había quedado en su rostro para toda la eternidad. Era como si estuviera culpándole a él de su muerte con toda la estupidez que tuvo nunca.

Se levantó sin perder más tiempo. Buscó el arma de Charlie por todo el sitio, sin encontrarla. La salida del almacén se encontraba cerca,

así que no tenía nada más que hacer allí. Huiría, obligado a ello, se armaría y localizaría a quien los había matado a todos. Él los vengaría.

Salió de la garita. Un nuevo pasillo le recibió con el mismo silencio que los anteriores. Tras cruzarlo, una zona clareada apareció ante él.

La salida.

Cualquier otra persona habría sonreído al atisbar su salvación. Travis, por el contrario, sólo se sentiría feliz cuando tuviera al asesino suplicando piedad ante sus pies, bien arrodillado y humillado. No se iba a librar tan fácilmente, no después de haber matado a sus compañeros, a sus amigos, a sus socios.

A su hermano.

Llegó al exterior. El aire puro le sacudió en la cara como una agradable bofetada. La naturaleza que le rodeaba le supo a gloria. Los vehículos diseminados frente a él le esperaban como salvavidas a los supervivientes de un naufragio.

Lo había logrado. O eso creía.

Su rostro se contrajo cuando el hombre salió de entre los coches, apuntándole con una pistola. Su cerebro procesó demasiado tarde que podía huir internándose de nuevo en el almacén; ya tenía al asesino a sólo un metro. Cualquier escapatoria acababa de morir en ese mismo instante.

Un atronador silencio se hizo entre los dos hombres. Travis decidió que era él quien debía romperlo, a su particular modo.

—¿Qué? ¿Quieres una disculpa? ¿Quieres que lo sienta? ¿Quieres que tenga miedo? ¿Que te suplique? ¿Que me ponga de rodillas y ruegue por mi vida? —preguntó, sabiendo que su final era cuestión de segundos. Lanzó una carcajada que no engañó a nadie—. ¡Pues no lo vas a tener! ¡No me arrepiento de nada! No sé si los demás suplicaron, pero yo no te voy a dar el gusto. ¡Te puedes meter tus deseos por el culo! ¡Una mierda te voy a suplicar a ti!

El hombre acarició el gatillo. Algo saltó en su organismo; una oleada de placer que pensaba disfrutar.

—Acaba ya, cabrón. ¿No es lo que quieres? ¡Termínalo ya! —una descarga de adrenalina y miedo cruzó el cuerpo de Travis; se transformó en una pizca de esperanza al llegar a su cerebro—. ¡Vete a la mierda! ¡No eres capaz!

El asesino disfrutó de sus gritos. En el fondo le divirtió que creyera, después de haber masacrado a los demás, que no se atrevería a acabar la carnicería.

—Puto degenerado… —gruñó Travis, al percibir un brillo siniestro en los ojos de su verdugo—. No te voy a dar nada, pero sí te voy a advertir. Vaya a donde vaya después, volveré a por ti. Aunque tenga que arrastrarme por la misma garganta del Infierno, regresaré, y te mataré. ¡¿Me has oído?! Te voy a provocar tal dolor que…

El primer estallido desgarró la noche. Los dos que le siguieron la dejaron hecha pedazos que costaría pegar. Un cuarto se aseguró de ello.

Travis cayó de rodillas, mirándose las manos llenas de su propia sangre. Notó un intenso frío surgido de las heridas que tenía en el estómago. Un extraño ardor le sobrevino directamente de las balas incrustadas en su hombro izquierdo y en su pecho. Al final, todo se fusionó en una desagradable sensación que lo tiró hacia atrás, haciendo chocar su espalda contra el suelo de tierra.

Cerró los ojos. Lo último que vio fue al hombre que le acababa de matar, que se quedó erguido ante él hasta que tomó su último aliento.

Tras comprobar que Travis Clemens estaba verdaderamente muerto, guardó la pistola y se internó en el almacén. Tenía mucho trabajo que hacer.

2

George abrió los ojos. Giró la cabeza hacia su izquierda buscando el despertador cuyo hogar era la mesita de noche. No había sonado; quedaba casi una hora para que su estridente canción destrozara el agradable silencio de la mañana.

Se incorporó, se sentó en uno de los bordes de la cama y esperó a que su cerebro se situase. Conforme fue terminando de espabilarse tomó el despertador y desconectó el dispositivo que la noche anterior había programado para que le desvelase a la hora indicada; no quería tener aquel chisme resonando por su vacío dormitorio al cabo de una hora.

En cuanto notó que sus músculos empezaban a dar la bienvenida al nuevo día, se puso en pie, en dirección al cuarto de baño. Se cepilló los dientes de manera calmada, dando las gracias a la propia idea que tuvo de no empaquetar hasta el final los productos de aseo. Notar la pasta dentífrica en su lengua le activó de golpe; el sabor a menta siempre le hacía sentir así.

No tardó en meterse en la ducha, encenderla y sentir todos los poros de su piel gritando de placer bajo el agua caliente. Recordó que debía apagar el gas antes de dejar el apartamento; lo último que quería

era tener que volver porque una explosión hubiera mandado la mitad del edificio al Infierno.

Una de las dos toallas limpias que quedaban en la casa le sirvió para secarse. Se vistió con ropa cómoda, lo que aprovechó para revisar una vez más los armarios y asegurarse de que no se dejaba nada. El espacio vacío, ocupado hasta entonces por un pequeño televisor de última generación que le ayudaba a conciliar el sueño, le advirtió de que debía buscar los cables oportunos para su funcionamiento en su nuevo hogar.

No, aquel apartamento nunca había sido su hogar. Volvía a casa, eso hacía, regresar al lugar donde de verdad se sentiría cómodo.

Encontrar los cables de la tele no le llevó más de cinco minutos. Los guardó en la maleta en la que llevaba todos los chismes que tenían que ver con aparatos eléctricos. El despertador acabó sobre los dichosos cables; al observarlo se dio cuenta de que le iba a sobrar más tiempo del que pensó en un primer momento.

Mientras recogía los artículos de aseo del cuarto de baño, las razones de su súbito despertar retornaron a su mente. Algo le había despertado, probablemente una pesadilla, pero, ¿de qué tipo? Quizás era a causa del nerviosismo por la empresa que estaba a punto de llevar a cabo, tras un mes entero de deliberaciones consigo mismo.

No le frustró recordar el mal sueño. Hacía ocho largos meses que ningún delirio nocturno le acosaba. Por entonces, eran algo común, normal, tan habitual como el respirar; si se veía obligado a decir la verdad, debía admitir que llegó a conseguir pegar ojo entre pesadilla y pesadilla.

Pero todo había acabado. O eso creyó.

—No tendrías que haber cenado tanto anoche —se dijo a sí mismo mirándose en el espejo del cuarto de baño.

Sus despiertos ojos marrones, a juego con el pelo castaño que se veía acosado por unas incipientes entradas, lo saludaron. Se tocó la barba de un par de días. Las ganas de afeitarse aparecieron de repente, pero la imagen de las cuchillas de afeitar encerradas en su estuche,

guardado en la maleta, le desanimó.

Ya se convertiría en un hombre más presentable cuando llegase a casa.

Antes de desayunar, inspeccionó metódicamente el resto de la vivienda. Una leve sonrisa cruzó su rostro al comprobar que ya lo tenía prácticamente todo empaquetado en el coche o guardado en las maletas que esperaban cerca de la puerta. Lo único que le quedaba era la cocina, donde tenía previsto tomar un desayuno rápido antes de salir.

Abrió la nevera. Los últimos alimentos supervivientes de toda la semana le dieron los buenos días: un par de latas de cerveza, un cartón de leche, tres pizzas precocinadas, una botella de refresco de naranja de nombre estrambótico, otra de agua, algunas lonchas de queso y un pequeño ejército de zanahorias.

Mientras buscaba un bol en uno de los armarios, sintió pena por no poder llevarse el frigorífico. En su verdadera casa había uno, pero no estaba seguro de que funcionase después de tanto tiempo en soledad. Aun así, prefería transportarlo todo él mismo, en su coche, antes de llamar a una empresa de mudanzas; tampoco es que el piso estuviera repleto de electrodomésticos o aparatos que no tuviera ya en su destino.

En su interior, siempre había considerado el apartamento como un lugar donde estar un tiempo. Al final, sabía que tarde o temprano volvería a su casa.

Abrió otro armario de la cocina. Descubrió una bolsa de pan de molde, una caja de cereales y una botella de whisky a medio acabar. En otro tiempo, habría tomado el alcohol sin dudarlo un instante; tiempos en los que las pesadillas le acompañaban incluso estando despierto.

Cogió el recipiente de vidrio y lo vació, sin contemplaciones, en el fregadero. Fue como decirle adiós a un viejo amigo que siempre le metía en líos. No le costó guardar el desierto envase en una de las maletas, y dirigirse a por los cereales, que salpicó en el bol; después,

añadió leche fría.

Acabó con su improvisado desayuno en silencio y en apenas unos minutos. Lavó velozmente el bol, la cuchara y luego repasó la cocina por completo. Lo metió todo en su pertinente maleta, revisó dos veces más toda la vivienda, cerró las ventanas, comprobó que el gas seguía cerrado, y que el frigorífico y la lavadora seguían su misma suerte. Cuando supo con total certeza que el apartamento estaba prácticamente como el día en que llegó, se detuvo frente a la puerta.

Miró hacia atrás. Definitivamente aquel sitio no había sido su hogar. No, de un auténtico hogar habría cogido fotos, y allí durante todo el tiempo ni un solo retrato convivió con él.

Ni siquiera uno de Christine.

Pensar en ella le puso en movimiento. Abrió la puerta, agarró las maletas, las dejó en el rellano y cerró el apartamento. Sacó la copia que había hecho un par de días antes y se dirigió al apartamento vecino, donde llamó al timbre.

Alicia Sheridan abrió la puerta. Una agradable sonrisa se pintó en su rostro al ver a George.

—¡George! ¡Qué temprano!

—Espero no molestarte, Alicia —señaló las maletas—. Me iba a ir ya.

—¡Tranquilo! Ya sabes que procuro estar pronto en pie.

Le caía bien la mujer. De poco más de sesenta años, y un físico envidiable para su edad, se había descubierto como una de sus lectoras más fieles desde el mismo momento en el que le reconoció, a los pocos días de llegar a la vivienda vecina.

—¡Me alegra tanto que vuelvas a escribir, George! —exclamó la mujer. A él siempre le daba la sensación de que no tenía otro tono para hablar—. ¡Tengo muchas ganas de leer tu nueva novela!

—Creí que ya iba siendo hora de retomarla —mintió. En realidad, su editor fue el que le convenció, tras meses insistiendo, de que regresase al procesador de textos.

—¡No me tienes que dar explicaciones! Se lo conté a mi hijo y está loco de contento. ¡Diría que tiene más ganas que yo de leer otra de esas terroríficas historias que escribes!

—Espero que el aire puro y la soledad me ayuden a ello —le pasó la copia de las llaves del piso.

—Lo que yo espero es que no te vayas para siempre, George.

En otro tiempo, el escritor se lo habría tomado como una clara insinuación, pero tras meses compartiendo edificio con Alicia, la relación estaba ya bastante clara: vecinos y amigos. Nada más.

—Volveré algunos fines de semana, pero no creo que lo haga en un par de meses. Tengo que escribir bastante, y dispongo de muy poco tiempo.

—¡A todos nos viene bien de vez en cuando algo de tranquilidad!

—Lo he apagado todo. No tengo plantas —se hizo gracia a sí mismo al recordar el lugar al que iba—. Creo que con vigilar de cuando en cuando…

—¡No te preocupes, George! ¡Trataré tu casa como si fuese la mía!

—No querría resultar una molestia.

—¡Tonterías, ya te lo dije! ¡Es todo un placer para mí que un escritor de fama y éxito tenga la confianza de dejarme las llaves de su apartamento!

George no quiso discutir la cantidad de fama y éxito que tenía en realidad. Otras veces lo había intentado, pero con Alicia era como debatir con un muro de cemento forrado de acero.

—Creo que eso es todo. Muchas gracias, Alicia.

—¡No hay que darlas!

La mujer le abrazó con fuerza. El rostro de George se congestionó, mostrando su incomodidad.

—¡Y a ver si me invitas un fin de semana a esa casita en el bosque! —exclamó al separarse del hombre—. ¡Cuídate, George! ¡Y conduce con cuidado!

El escritor asintió, tomó las maletas y se alejó escaleras abajo. Alicia

Sheridan no dejó de despedirse con la mano derecha hasta que lo perdió de vista.

En pocos minutos, George se encontraba metiendo el equipaje en el maletero de su coche. No tardó en salir del garaje, saludar al vigilante de manera educada y entrar en la carretera. Se alejó del edificio en cuestión de segundos.

En ningún momento echó la vista atrás.

3

Tardó más de lo que esperaba en abandonar la ciudad. Cuando la paz de las afueras le recibió, lo agradeció silenciosamente, como se merecía; las luces, los ruidos, la gente, la civilización… Todo se quedaba en el retrovisor del coche, en el pasado. Delante, la carretera le presentaba un futuro más prometedor, un mañana repleto de paz, sosiego y horas delante de su ordenador, con el que volvería a gestar las novelas encerradas en su cabeza desde hacía demasiado tiempo.

A las dos horas de dejar el bullicio en el que había vivido inmerso, detuvo el vehículo en una gasolinera, a medio camino entre esas grandes y preparadas pertenecientes a enormes franquicias, y las pequeñas y acogedoras de los pueblos como al que se dirigía. Dentro del establecimiento compró un par de chocolatinas, un paquete de patatas fritas y un refresco bien frío.

Pese a que una parte de él deseaba llegar cuanto antes, decidió apoyarse sobre su automóvil y tomar todo lo que acababa de adquirir. El discurrir de los demás coches por la carretera que tenía justo frente a sus ojos fue un relajante entretenimiento que le proporcionó un nuevo empujón para llegar a su destino. Mientras tiraba los desperdicios

a una papelera cercana no pudo evitar pensar en Robert y su acogedora y modesta gasolinera que servía a los habitantes del lugar al que regresaba.

Se puso de nuevo en movimiento, encendió la radio del coche y apretó el acelerador, disfrutando de un poco de música *country* de mejor gusto del que esperaba. Recordar a su mejor amigo le había llenado de ánimo, dejando a un lado el nerviosismo y el miedo que le acompañaban desde que arregló con su editor que volvería a escribir, y que para ello retornaría a su hogar.

Al hogar de Christine.

Echó un veloz vistazo al teléfono móvil que descansaba en el asiento del copiloto. Conocía lo bastante bien a Ralph, su editor, como para saber que si terminaba guardando el móvil entre las cajas, acabaría por llamar en el momento más inoportuno; probablemente, mientras conducía, a ser posible cuando estuviese a punto de tomar una peligrosa curva, o entrar en una zona con demasiado tráfico.

Por eso mismo le sorprendía que ni siquiera le hubiese telefoneado para asegurarse de que volvía de verdad al sitio que le vio nacer cuarenta y dos años atrás. ¿Tanto se fiaba de él como para creer que no se lo pensaría mejor y lo dejaría en la estacada? ¿O es que quizás al final le daba exactamente igual? Lo segundo lo veía bastante improbable; al fin y al cabo, era Ralph quien le había estado insistiendo sin parar durante bastante tiempo para que terminase de una vez su última novela.

«Tus lectores quieren más.»

«Te debes a ellos.»

«No puedes bajar tu ritmo.»

«Te sentará bien volver a escribir.»

«¡Te adoran! No les defraudes.»

A George le cansaban sus coletillas, a menudo con cierto tono de chantaje emocional que no le gustaba nada. Dejaban a la vista cierta parte de Ralph que no le agradaba mucho; esa parte de editor de

corazón negro que muchos de sus compañeros escritores sufrían por parte de unos pocos profesionales, más preocupados por engordar sus carteras, que por cuidar a sus artistas.

A pesar de ello siempre se había llevado bien con Ralph, hasta el punto de considerarlo parte de su familia. Pero cuando surgían aquellas protestas, no lograba soportarle más de cinco minutos seguidos. Sin embargo, había que reconocérselo; supo qué botón pulsar, y durante el tiempo suficiente como para que la melodía de las teclas al tocarse volviera a llamarle.

Aunque extrañado, agradeció la falta de interrupciones del móvil en su viaje. Si debía ser sincero, sólo tenía ese chisme por petición de Ralph y cuestiones de trabajo; de ser por él, el maldito teléfono habría acabado en mitad de una carretera, para ser atropellado por el mismo coche en el que lo transportaba. Repetidas veces a ser posible.

Una hora después, y varios cambios de carretera que le orientaban hacia su destino, avistó el letrero que hacía ocho meses que no veía.

«Shelter Mountain» era lo único escrito en el cartel.

George giró a la derecha, internándose en un camino menos arreglado que en el que estaba transitando. La carretera llena de baches parecía estar dándole la bienvenida a su particular manera. El escritor pensó que podría haber vivido toda la eternidad sin tener que aguantar los destrozos de las vías que conducían al pueblo.

Cuando pasó de largo el letrero, detuvo el coche. Notaba el sudor de sus manos acumulándose en el espacio entre éstas y el volante. Sintió que le faltaba el aire. El corazón comenzó a irle a tal velocidad que podría haberlo usado de motor para el vehículo. Un ligero mareo acarició sus sienes.

Aquello era algo más que nerviosismo: tenía miedo. Un terror ineludible, frustrante y profundo que solamente había sufrido un par de veces en su vida, y ambas tenían que ver con Christine.

Clavó sus ojos en el retrovisor. La parte trasera del cartel, sujeto por barras oxidadas de hierro, le saludó. Unas ganas irrefrenables de

volver a su apartamento, donde la seguridad y la protección eran sus compañeros de convivencia, le desbordaron.

Apretó el acelerador y emprendió el camino. Había llegado demasiado lejos para detenerse y nada le pararía. Ya estaba en Shelter Mountain; lo más difícil acababa de pasar.

O eso creía.

A los pocos minutos, dejó la estropeada carretera y se internó en otra mucho mejor cuidada. La reconoció al instante como la que llevaba a las diferentes casas situadas en el extrarradio del pueblo; sólo tendría que seguir hacia delante un poco más, tomar un desvío y estaría en su confortable casa. Si continuaba el camino sin apartarse un centímetro de él, acabaría en pleno pueblo, el corazón de Shelter Mountain. Algo para lo que aún no estaba preparado, al menos, sin dormir una sola noche allí.

No tardó en bordear la entrada de las diferentes vías que se internaban en la espesura situada a ambos lados de la carretera. La mayoría de caminos llevaban a casas preparadas para el verano. Eran propiedades de familias que sólo las usaban para las vacaciones, muy al contrario que él con la suya.

Sonrió al dejar atrás la gasolinera de Robert Raimi. Deseó que estuviera fuera en ese momento para poder observar su cara de sorpresa ante su regreso, pero no tuvo esa suerte; un par de hombres llenando los depósitos de sus vehículos fue todo lo que atisbó.

Justo cuando faltaba poco para alcanzar el camino que le conduciría hasta su casa, vio el cartel que mostraba la vía que daba al lago de Shelter Mountain. Un lugar tan perfecto en verano que muchos vecinos no dudaban en propagar a los cuatro vientos que era un pedacito de cielo en la Tierra. En invierno no era tan maravilloso pero seguía siendo un sitio agradable, por el que poder pasear y disfrutar de lo que ofrecía la naturaleza cuando el hombre no se interponía.

A George nunca le extrañó que a Christine le gustase tanto el lago. Ella siempre afirmaba que su lugar favorito en el mundo era a su lado,

pero él sabía que si estaban en la orilla del lago, su esposa se encontraba más allá de la felicidad. En un estado de tanta paz que incluso llegaba a envidiarla algunas veces.

El escritor aminoró la velocidad para observar con repugnancia el cartel que invitaba a todo el mundo a visitar el lago con palabras propias de un libro infantil. Por supuesto que iría al lago; era una visita obligada en su regreso a Shelter Mountain.

Él también tenía su sitio especial desde hacía un año. Justo cerca del de su mujer, en honor a ella.

Una cita que ni quería ni podía rehuir.

4

La última casa a la izquierda era la suya. Sin ningún titubeo, obligó al vehículo a tomar el camino de tierra que le adentró en el bosque. Conforme se iba acercando a su hogar, el fantasma de los recuerdos comenzó a acosarle sin intención de darle una pequeña tregua.

Los árboles pasaban a su alrededor como silenciosos vigilantes que le daban una fría bienvenida. George les devolvió el saludo con el mismo alto grado de mudez. Sus ojos se clavaron al frente, en cuyo horizonte no tardó en dibujarse la casa.

Aminoró la velocidad del automóvil cuando estaba a diez metros de la cabaña de dos plantas. Rememoró los instantes en los que, junto a Christine, decidió transformar el pequeño refugio de verano en algo mayor. Añadieron la segunda planta, donde colocaron su dormitorio, un par de habitaciones, un cuarto de baño y la zona donde él escribía; en realidad, no era un cuarto propiamente dicho, sino más bien un desván abierto a cualquiera que levantase un poco la vista desde el enorme salón de la vivienda.

El primer piso fue ampliado, tanto para lograr una gran zona donde cupiese una buena chimenea, como para conseguir una cocina lo

suficientemente espaciosa como para no echar de menos los golpes que se daban con los muebles que contenía la de antaño. No era comparable a uno de los suntuosos chalets que tenían sus alejados vecinos, pero estaba lejos de la humilde cabaña que había sido en un principio.

Detuvo el coche a unos metros de la entrada. Al abrir la puerta y bajarse, el aire puro de la naturaleza le entró en las fosas nasales como una bala en la carne, haciendo que se tambalease levemente, como si necesitase unos segundos para acostumbrarse. Una vez sus pulmones abrazaron con satisfacción el frescor del mundo ajeno a la selva de cemento y cristal que había dejado atrás, observó con agrado los alrededores de la casa.

Varios árboles gigantescos rodeaban la vivienda. Volver a verlos le hizo sonreír con disimulo. Cuando empezaron a arreglar la cabaña, tanto Christine como él temieron estropear el bello paisaje creado mucho antes de que ellos siquiera fuesen un pensamiento en la mente de sus respectivos padres. Poco a poco descubrieron que la ampliación de su hogar contrastaba de manera perfecta con los pinos y los cedros, vigilantes naturales, colosos que existirían más allá de sus muertes.

Cerró la puerta del vehículo. Subió los escalones que conducían al porche; el segundo gruñó. Recordó que siempre le prometía a su esposa que lo arreglaría. Una punzada de dolor en el corazón le echó en cara haber roto aquel pacto.

Abrió la puerta de la cabaña con una llave que parecía alegrarse de verle. Más recuerdos le saludaron cuando entró; muebles cubiertos con sábanas ocuparon su primera inspección. Era como una reunión de inofensivos fantasmas que, en cuanto perdieran sus hábitos, volverían a la vida.

—Ya hemos llegado, cariño —murmuró George.

Pese a que las ventanas de la vivienda poseían persianas y cortinas, que se hallaban bajadas en ese mismo momento, la luz del exterior sólo necesitó la puerta abierta para colarse y conquistar el último

bastión del bosque. El escritor no era muy amante de que el brillo del sol inundase su hogar, pero sintió una profunda necesidad de verlo todo con claridad, como si así el escenario en el que se movía fuera a hacerse más real.

No tardó demasiado en apartar las cortinas y levantar las persianas de las ventanas de la primera planta. Para su sorpresa, el olor que percibía no tenía nada que ver con suciedad, o polvo, sino con… la nada. Era como husmear un vaso repleto de agua; nada, por ninguna parte. Aquello le consternó; había esperado una oleada de peste a lugar cerrado, e incluso a cagadas de ratas, o de algún otro animal salvaje. Cualquier hedor, salvo el que le envolvía.

La más absoluta nada. ¿Qué significaba? ¿En eso se había convertido su hogar? ¿En un santuario edificado en recuerdos, dolor y sufrimiento? Todos los momentos con Christine no podían haber acabado en nada. Nada. Nada. Sólo pensar en la palabra amenazaba con doblarle las piernas y arrojarlo en el sofá, recién desprendido de su sábana.

En cuanto el salón y la cocina estuvieron repletos de sol, subió las escaleras hacia la segunda planta. Su primer destino fue su zona de trabajo, tan ordenada, limpia y silenciosa que sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal. No tardó en abrir el ventanuco al otro lado de la Zona G, como la bautizó su mujer.

«La Zona G. Zona George, porque cada centímetro de este espacio habla tu idioma, respira con tus pulmones y grita lo que escribes», había afirmado Christine, como si fuese lo más normal del mundo.

La luz entró con gusto en la Zona G. El escritor apartó las cajas repletas de nostalgia y pasado; no pensaba abrirlas, no al menos hasta que estuviera preparado. No, no hasta que sus dedos no hubiesen probado el néctar de las teclas del ordenador portátil; el dulzón influjo de la imaginación hecha historia en un procesador de textos.

Descubrió los dos únicos muebles que se hallaban en aquella parte de la casa: el escritorio donde trabajaba, y un viejo sofá que Christine usaba para sentarse y observarle escribir; un roído viejo amigo que él

mismo sacó de la casa de sus padres.

Agradeció el polvo acumulado que se levantó al quitar las sábanas. Aquello era real, ya no era la nada. Era algo, por sucio e insignificante que fuese.

Se dirigió hacia el otro extremo de la segunda planta. Un pasillo le condujo al dormitorio principal, que antiguamente estaba abajo, pero que reconvirtieron en parte del salón. No se detuvo demasiado en el cuarto; abrió la única ventana que poseía y continuó su inspección.

Comprobar el estado del cuarto de baño le llevó aún menos tiempo. Sólo le quedaban dos habitaciones; una donde Christine y él podían leer con tranquilidad, y otra que ya no servía de nada. Una inutilidad que le paró durante largos minutos en la puerta, hasta que reaccionó y abrió la ventana. Luego, descubrió un par de sillas, una estantería y se largó a toda prisa.

Dejó en paz la habitación del hijo que debería haber tenido con Christine.

Salió de la casa. Descubrió que respiraba agitadamente. Una espesa capa de sudor le cubría las manos. Esperó a recuperar el aliento para hallar en su interior una inquietud que clamaba por ser cubierta con distracciones, las suficientes como para acabar rendido en la cama, sin poder mover un solo músculo.

Encaminó sus pasos hacia el generador que se hallaba en la parte posterior de la casa, justo donde la puerta trasera de la cocina se mostraba al mundo. Quitó los diversos plásticos que cubrían el chisme, revelando que parecía estar en perfectas condiciones. Demasiado bien se encontraba, como si alguien hubiera estado cuidándolo.

Verificó que no tenía gasolina. Por suerte, había comprado un bidón hacía dos días. No tardó en sacarlo del maletero del coche, y usarlo para rellenar el generador, que poco después estaba en marcha, rugiendo con su característico gruñido.

George entró en la casa. Revisó los diferentes electrodomésticos; para su alegría, todos funcionaban, así que podría cocinar, guardar

alimentos en el frigorífico, encender las luces y lavar la ropa sucia, entre tantas otras tareas que tenían que ver con la preciada electricidad.

Pese a que el calentador funcionaba, no poseía bombona. Apuntó mentalmente que tendría que ir a comprar una al pueblo. Después, bajó al sótano, la única parte de la casa que le quedaba por visitar.

Abrió la puerta, situada bajo las escaleras que conducían a la segunda planta. La oscuridad en el fondo del abismo siseó, viendo perturbado su descanso. George apretó el interruptor y la luz se hizo, logrando que el escritor se sintiese como Dios durante unos instantes.

Bajó los escalones de madera que se resintieron bajo su peso. En la libreta de su metódico cerebro anotó que tendría que revisarlos, por si acaso. La quietud del sótano al llegar a él le hizo echar de menos el chasquido de los peldaños.

Recordó cuánto le había costado acondicionar el lugar para que no pareciera el escenario de una película de terror. Aunque le quedó bastante bien, hubiera deseado crear un ambiente más acogedor. Pero su mundo se había roto en mil pedazos antes siquiera de que hubiese podido comprar una moqueta para el suelo.

Varias cajas cerradas y un congelador eran los únicos ocupantes del lugar. El escritor movió algunas de las primeras, para poder abrir el segundo, verificando que funcionaba perfectamente. Tendría que comprar algunas bolsas de hielo, pero parecía que iba bien por el momento.

Sus ojos buscaron la pared del fondo del sótano, justo a la que menos llegaba la pobre luz de la única bombilla. Caminó hasta situarse a un par de centímetros del muro. Lo acarició con los dedos hasta alcanzar una zona endeble, un ladrillo suelto que, aunque pintado, permanecía allí.

Nadie lo había tocado antes. Seguía estando a salvo.

El sonido de sus tripas le descubrió que tenía hambre. Salió del sótano, se dirigió al coche y sacó la comida que había traído del apartamento. Calentó una de las pizzas en el horno mientras arreglaba

el salón. Cuando el almuerzo estuvo listo lo devoró todo en absoluto silencio y en apenas unos minutos; con el estómago satisfecho, se dispuso a devolver a la casa su estatus de hogar.

Le llevó el resto del día sacar todas las maletas y cajas del automóvil y ordenar su contenido. El televisor de buen tamaño en el salón, frente a los tres sofás; el ordenador de mesa en la habitación de lectura de la segunda planta; los libros en las diferentes estanterías de la casa; la radio en el dormitorio principal; los productos de aseo en el cuarto de baño; el microondas en la cocina… Lo último fue el ordenador portátil que usaba para escribir, justo encima del escritorio de la Zona G.

La noche se había adueñado del bosque cuando acabó.

Cansado, agotado y sin poder pensar en nada más que en dejarse caer sobre la cama de matrimonio, se detuvo en la puerta de entrada a la casa. Observó el tenebroso bosque, mucho más amenazador cuando las tinieblas se movían en su interior.

Se imaginó a Christine frente a los escalones del porche, sonriéndole, con aquella hilera de dientes perfectos que parecían no poder envejecer nunca.

«Te dije que volverías, Cachorro», pensó que le diría. Cachorro era el apelativo que le puso poco después de comenzar a salir, cuando eran adolescentes. ¿El motivo? Su pelo castaño y desordenado, como el de un perro pequeño y travieso, afirmaba ella.

—Te has salido con la tuya —respondió George a la oscuridad, no con reproche, sino con satisfacción.

Había regresado a su hogar.